

confesar y defender; y terminó diciendo que el doctor Garvito no sólo habrá de contar con el aprecio, sino con el amistoso afecto de su maestro. Nosotros unimos nuestras entusiastas felicitaciones a las del señor Rector.

UN GRAN FILOLOGO SURAMERICANO

RUFINO JOSÉ CUERVO

El 17 de junio de 1911, daba cuenta un telegrama desde la capital de Francia a todos los rincones del mundo que habla castellano, que el eminente filólogo y escritor colombiano, RUFINO JOSÉ CUERVO, había pasado a mejor vida. La salud del gran sabio se hallaba resentida desde hacía ya mucho tiempo. Pocos meses antes de su muerte agravóse la dolencia de manera tan alarmante, que en breve tiempo lo llevó a la tumba, sin dejarle siquiera el tiempo de acabar su obra monumental, el famoso *Diccionario de construcción y régimen*.

Investigar el origen, la naturaleza y el destino del mundo en que vivimos, ha sido el problema que ha agitado la mente de los filósofos en todos los tiempos y comarcas. A primera vista parece que la ciencia del lenguaje nada tiene que ver con esta cuestión. El lenguaje no pasa, después de todo, de ser un conjunto de signos del pensamiento, cada uno de los cuales se halla, por asociación mental, íntimamente ligado con la idea que representa, pero sin conexión necesaria con dicha idea, y depende, por lo que mira a su forma y vitalidad, del querer humano. Sin embargo, ha venido a convertirse la ciencia del lenguaje, no sólo en un poderoso auxiliar de los estudios históricos, sino en el medio principal de que se sirven las investigaciones sobre lo que hicieron los hombres en épocas que se escapan a lo que la historia ha alcanzado a conocer por modo directo. La filología es, digámoslo, la mano derecha de la etnología; ella

es el principio que nos enseña el camino cuando estudiamos la genealogía de las naciones. Inesperada luz ha arrojado sobre la primitiva fraternidad de los pueblos en el origen de la civilización. Nos muestra como en un espejo, quizá mejor que la ciencia física, la historia de los primeros años de la humanidad.

Lo mismo que las demás ciencias de la naturaleza, la del lenguaje ha andado buscando a tientas su camino en la oscuridad durante muchos años sin poder encontrarlo. La razón de esto es que en las ciencias experimentales hay que acumular un gran número de hechos y de observaciones antes que sea posible formular una ley. La química y la astronomía no fueron en su infancia sino alquimia y astrología; también la lingüística se ha mostrado de manera más o menos desairada mientras no tuvo seguridad sobre su propia naturaleza. En efecto, no nos es preciso ir muy atrás en la historia de la filología para encontrar yacentes al pie del monumento lingüístico, hoy firmemente construido y hasta hace poco vacilante, como una casa edificada sobre arena, muchas generalizaciones formadas a toda prisa, hipótesis desprovistas de toda base, conclusiones traídas por los cabellos.

Fácilmente podremos ver la verdad de este aserto si prestamos atención a que, apenas hace cien años, los estudios etimológicos, que bien pueden ser considerados como el fundamento de la lingüística, no tenían nada que pudiera llamarse método, pero aún, se reducían a las aserciones más ingenuas y gratuitas. Particularmente aficionados eran nuestros abuelos a aquellas etimologías en que se supone que una palabra ha sido formada de la primera sílaba o de las primeras letras de otras varias que, unidas y enlazadas entre sí, explican correctamente el sentido del nuevo vocablo. En el prólogo a sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, nos suministra CUERVO un ejemplo de tan pueriles derivaciones, dándonos a conocer cómo el maestro Alejo Vanegas creía que la palabra *alquilar* venía de las la-

tinias *alius qui illam habet*. Y en la aurora del siglo XIX, José de Maistre, en sus magníficas *Tardes de San Petersburgo*, libro que es el más legítimo y duradero título que tiene su autor a la admiración de la posteridad, pretende hacernos creer que la voz *cadáver* había sido formada juntando la primera sílaba de cada uno de los vocablos latinos *caro data vermibus*.

Con el conocimiento del sánscrito en el mundo occidental, vino a encontrarse un estrecho parentesco entre las lenguas europeas y las del sur del Asia; este fue el momento decisivo en que la filología hizo su entrada en el campo de la verdadera ciencia. Simultáneos esfuerzos se hicieron en todas partes para colocar los estudios lingüísticos sobre bases científicas. Burnouf y Renan en Francia, Rask en Dinamarca, Whitney en los Estados Unidos, contribuyeron notablemente a formar un todo homogéneo y consistente de tantos datos que las generaciones precedentes habían venido juntando como al acaso. Con todo, a Alemania más que a cualquiera otra nación, debe la filología el maravilloso estado de desarrollo en que se encuentra: Bopp, Pott, Grimm, los Schlegels, Guillermo de Humboldt, Max Müller, emprendieron con brío y llevaron hasta el fin el estudio sistemático y filosófico de los fenómenos del lenguaje universal. Y hoy todavía a Alemania es a donde volvemos los ojos cuandoquiera que nos hallamos en duda al pretender resolver un problema filológico. Todos estamos de acuerdo con Whitney en que Alemania es, por sobre cualquier otro país, la cuna y la casa del estudio del lenguaje.

Con todo, digno de saberse, aunque generalmente ignorado, es que España poseyó el primer trabajador en este ramo de investigaciones filológicas. El *Catálogo de las lenguas* del jesuita Hervás y Panduro, publicado en 1800, merece con toda justicia ser colocado a la cabeza de los eruditos trabajos que han coadyuvado a dar a la lingüística el puesto de honor que hoy ocupa entre las ciencias experimentales. Antes que nadie, el jesuita Hervás previó la im-

portancia del sánscrito en el estudio comparado de las lenguas clásicas. Y mucha gloria es para él que Max Müller le reconozca haber fijado el grupo de las lenguas malayo-polinésias.

Por desgracia le faltaron a Hervás seguidores entre sus compatriotas. Tan olvidado quedó su ejemplo, que Mahn escribe sin vacilación lo que sigue en sus *Investigaciones Etimológicas*:

“En las lenguas romances, nada digno de mención han producido los etimologistas nacidos en los países donde ellas se hablan; estaba reservado a un sabio alemán, Diez de Bonn, el suministrarlos, en su *Diccionario Etimológico de las Lenguas Romances*, más conocimientos de los que podían esperarse de las academias francesa, española, italiana y portuguesa, todas juntas.”

Semejantes cargos pudieron formularse en la mitad del siglo XIX; no así veinticinco años más tarde. Hacia fines del referido siglo apareció en Bogotá un grupo de eminentes filólogos, que bien pronto llamaron la atención de todo el mundo; parecía como que las energías de la raza española, después de haber permanecido sumidas en profundo letargo, surgían llenas de vida y de vigor. Casi a un mismo tiempo vieron la luz la *Gramática Latina*, de Caro y CUERVO; la *Muestra de un Diccionario*, de CUERVO y Manrique; el *Diccionario de la Conjugación*, de Isaza; el *Alfabeto fonético* y la *Gramática chibcha*, de Uricoechea, y una multitud más de importantes trabajos que llamaron poderosamente la atención de los sabios hacia la capital de Colombia. El amor por la filología se respiraba, digámoslo así, en el aire. Y cuando, en 1887, Rafael Uribe Uribe publicó su erudito *Diccionario abreviado de galicismos y provincialismos*, nadie pudo adivinar que un hombre que con tal carácter hacía su primera aparición ante el público, hubiera de llevar una de las vidas más agitadas que recuerda la historia, y hubiera de hacerse, más tarde, el alma y el brazo de dos formidables revoluciones políticas. En aquel

tiempo fue cuando el aplaudido orador venezolano, Cecilio Acosta, comparó a Bogotá con una universidad alemana, y, lleno de entusiasmo, añadió que la capital de Colombia podía competir con cualquier centro ilustrado de Europa.

RUFINO JOSÉ CUERVO se alistó entre los primeros en este movimiento, y a poco tiempo vino a ser su principal caudillo. A los veinticinco años de edad era ya un sabio de reputación europea que guiaba a los filólogos españoles y les indicaba el verdadero camino. Marcelino Menéndez y Pelayo, cuya muerte, recientemente acaecida, deploramos todos con tanto dolor, declaró que CUERVO era el filólogo más grande que la raza española ha producido.

Nacido en Bogotá el 19 de septiembre de 1844, RUFINO JOSÉ, hijo del eminente escritor y vicepresidente de la Nueva Granada, Rufino Cuervo, recibió su primera educación en el Colegio de San Bartolomé, dirigido por los jesuitas. Sin duda alguna, el amor por las letras, que siempre lo distinguió, fue debido a la influencia que ejercieron en su educación estos excelentes maestros de sus primeros años; pero por lo que mira a la filología, podemos decir que CUERVO se educó a sí mismo. Los nombres de Bopp, Diez, Dozy, no habían penetrado aún en las regiones andinas; la lingüística no había pasado de la infancia y no había tenido tiempo todavía la fama de sus fundadores de extenderse por esas apartadas comarcas.

Con todo, la América del Sur poseía ya una obra de inmenso mérito, que estaba destinada a influir grandemente en la educación filológica de la juventud colombiana. La *Gramática de la lengua castellana* de Bello era leída y comentada en todos los centros estudiosos y formaba parte del *currículum* universitario. Con este libro, tenían los suramericanos no sólo una gramática sino un estudio filosófico de la lengua de Castilla, tal como, quizá, no lo posee otro idioma. Probablemente en la atenta lectura de esas páginas llenas de profunda erudición, fue donde vino a encontrar nuestro joven colombiano su verdadera vocación. De pocos

años aún formó irrevocablemente su plan de vida. Adiós lazos de familia, vida social, frecuentes amistades; CUERVO había muerto para el mundo; para él sólo existiría desde ese momento en adelante, una cosa: la ciencia. A ella iba a dedicarle toda su vida y por ella iba a sacrificarlo todo.

Lo mismo que a muchos otros grandes hombres les ha sucedido, CUERVO no había salido muy bien de la repartición que de sus bienes hizo la fortuna; se encontró, pues, cara a cara con el problema de las necesidades de la vida. Profundamente preocupado con cuestión semejante, su padre trabajó siempre por inculcar en la mente de sus hijos la idea del trabajo. Leemos en la biografía del vicepresidente de la Nueva Granada que, habiendo una tarde encontrado a sus hijos Angel y RUFINO cavando en un rincón de su habitación, en la esperanza de encontrar allí un tesoro escondido, les dijo: "No busquéis más, hijos míos; el único tesoro porque debéis afanaros no lo encontraréis sino en vuestro propio trabajo."

Algunos años más tarde vemos a los dos hermanos arduamente ocupados en introducir una nueva industria en el país, porque la cervecería que fundaron RUFINO y Angel Cuervo fue la primera conocida de los colombianos. Y a pesar de que a este trabajo dedicaron los Cuervos los mejores años de la juventud, RUFINO no dejaba de atender a sus estudios favoritos; aprovechaba los momentos que le quedaban libres después del trabajo para sentarse a corregir cuidadosamente el manuscrito de sus *Apuntaciones críticas*. En esa cervecería fue donde comenzó a escribir su famoso *Diccionario de construcción y régimen*. No poco sorprendido se mostró Cané, el argentino que lo visitó en Bogotá, de hallar muchos manuscritos y sabias disertaciones al lado de las botellas y los barriles.

Pero al fin sonó la hora de la libertad. Después de diez años de trabajo heroico se encontró CUERVO dueño de una regular fortuna que le permitió dedicar todas sus energías a las investigaciones científicas. Recogió la inmensa canti-

dad de datos que tenía amontonados y con ellos se trasladó a París, donde permaneció durante el resto de su vida. Tenía entonces cuarenta años de edad.

Por estos tiempos, la reputación de CUERVO como hombre de estudios era ya grande. Su primera producción al dejar el Colegio de San Bartolomé la constituyó una monografía muy notable sobre la letra *Q*, publicada en *La Caridad*, revista bogotana. Pocos años más tarde (1867) vio la luz pública una obra que compuso en colaboración con Miguel Antonio Caro, la *Gramática latina*, libro premiado por la Academia Española y declarado por la misma como el mejor de su género en castellano; la *Muestra de un Diccionario de la lengua castellana*, escrito en colaboración con González Marriqué (1871), ensayo en que ya se veían chispas del genio que había de inspirar más tarde al autor del *Diccionario*; y, finalmente, en 1872 la primera edición de ese monumento de erudición y profundo pensamiento que se llama *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*.

Esta obra nació gracias al problema de la unidad en el idioma de Suramérica. En vez de seguir el ejemplo dado por los Estados Unidos, las repúblicas recién emancipadas del dominio español, se propusieron, al principio de su vida, cortar de raíz todos los lazos que las unían con la madre patria, comprendiendo no sólo los vínculos políticos, sino también los de literatura y lenguaje. El odio a España se llevó, pues, a todos los campos de la actividad humana. Se emprendió la tarea de adoptar uno como idioma nacional. El usar la letra *y* con valor de *i*, fue calificado de antipatriótico, y escritor tan grande como Juan María Gutiérrez rechazó solemnemente el título que la Academia Española le concedió.

CUERVO vio el peligro que implicaba semejante actitud intelectual, y se propuso abrirles los ojos a sus compatriotas. Creía firmemente en la evolución gradual del lenguaje. "La lengua ha de estudiarse como un organismo viviente,"

decía. Lo mismo que un organismo, ha de sufrir continuos cambios; pero no serán arbitrarios tales cambios, sino que el curso natural de las cosas los irá trayendo poco a poco, y ya que nuestra lengua ha adquirido formas definidas y se halla en posesión de una literatura riquísima, deben ellos ser retardados casi indefinidamente.

Era, según él creía, el lenguaje el mejor sello de unión que habría de mantener incólumes las fraternales relaciones de los países suramericanos entre sí; éste era el baluarte puesto por la Providencia para hacerlos fuertes y capaces de rechazar cualquier ataque venido de fuera. Pero siendo España la cuna y el hogar del lenguaje de la América del sur, y puesto que a España pertenecen las obras maestras que han hecho inmortal la literatura de este idioma, a España es a donde todo escritor suramericano debe tender la vista.

Sin embargo, jamás aprobó CUERVO incondicionalmente todas las maneras de decir que se usaran en la Península, ni tampoco censuró incondicionalmente todas las usadas en el Nuevo Mundo. Repetidas veces hizo ver cómo, en multitud de ocasiones, una buena expresión castellana había sido suplantada en España por un galicismo, y conservada intacta en América. Enseñó a todas las naciones de habla castellana, que si bien América debía seguir las huellas de España, España no podía dejar de atender a América.

Lo fecundo de la tarea de CUERVO puede verse por el hecho de que hoy día todas las repúblicas de Suramérica poseen Academias de la lengua, calcadas sobre la Real Española, y en continua y fraternal comunicación con ella. No hacía once años que la primera edición de las *Apuntaciones* viera la luz, cuando la pluma de un gran poeta colombiano escribió los siguientes versos:

Raza, lengua, leyes, culto
A América con cariño
Dio España; y el mundo niño
En breve fue mundo adulto

Y se quiso emancipar
Y hubo lucha porfiada
Y de Bolívar la espada
Logró rápida triunfar.

¿Por qué España ha sucumbido
A pesar de su valor?
Porque aprendió el vencedor
Las lecciones del vencido.

Porque ella nos dio su lengua,
Su sangre, su grande historia;
Y su gloria es nuestra gloria,
Y su mengua es nuestra mengua." (1)

Los que han escrito la vida de Manuel Kant nos cuentan que ella pasó como el más regular de los verbos regulares. Lo mismo puede afirmarse de la vida que CUERVO llevó en París. Los placeres, única mira de muchos de los que visitan la Babilonia moderna, no alteraron en nada su tranquila existencia. Todos los días, después de recibir la comunión en la capilla española de la avenida de Friedland, se retiraba a su habitación, donde nada podía privar de su atención a los estudios lingüísticos. El torbellino de la gran ciudad era como si no existiera para él. El ruido de los bulevares, las serenatas, las óperas, la alegre y seductora música no llegaban hasta sus oídos. Sus ojos no eran atraídos por los esplendores que hacían extasiar al patricio y al plebeyo. Sus únicas distracciones eran las visitas que le hacían los suramericanos de viaje por el antiguo mundo. Si sus visitantes eran, como sucedía las más de las veces, jóvenes dotados de amor por las letras, CUERVO siempre alentaba sus tímidos ensayos. Tenía, para descubrir talentos en cierne, una perspicacia que era casi in-

(1) RICARDO CARRASQUILLA—Bogotá, 1883. La traducción al inglés de estos versos se la debo a mi amigo el Dr. Thomas Walsh. Dicha traducción es la que corre publicada en nuestro número 82 (marzo del presente año). (Adv. del T.)

tuición. Cabalmente, él fue quien publicó, en 1893, el primer volumen de poesías compuestas por un joven que estaba destinado a ser una de las glorias de la literatura colombiana, Antonio Gómez Restrepo.

En París editó CUERVO algunas ediciones más de las *Apuntaciones Críticas* y los dos primeros volúmenes de su *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*.

Con justicia se ha dado el nombre de siglo de los grandes diccionarios al siglo XIX. En él brillaron Littré y Murray, Webster y Mistral. El nombre de RUFINO JOSÉ CUERVO merece bien un puesto al lado de los anteriores: el monumento que le levantó a la lengua castellana, aunque no terminado, no tiene rival, por ciertos aspectos.

No fue un mero diccionario del idioma lo que CUERVO se propuso escribir; fue, dice Gómez Restrepo, una obra destinada a resolver todas las cuestiones de la sintaxis castellana, y a suministrar, en cada caso particular, en lo referente a la construcción y al régimen, todo lo que puede recogerse después de un concienzudo y completo estudio de los clásicos. Hay muchos artículos en el Diccionario que son verdaderas monografías, acabadas por su extensión y ciencia. Sirvanos de ejemplo el artículo sobre la preposición "a," que colmó de admiración al famoso filólogo Darmesteter.

La aparición del primer volumen del Diccionario en 1886, fue un suceso en el mundo literario. *Le Temps* de París, al describirlo, lo calificó de la obra de lexicografía más perfecta que se ha escrito en cualquier lengua.

El segundo volumen, publicado en 1893, llega hasta la letra E. En 1901 los delegados al Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Méjico, por voto unánime, acordaron recomendar a sus respectivos gobiernos una suscripción por la suma de 210,000 francos para cubrir los gastos de la impresión de los volúmenes restantes.

Por desgracia, la obra no ha sido completada. Quedó una inmensa cantidad de materiales recogidos por el sabi

pero la muerte no le permitió alcanzar a reunirlos e inspirarlos con el soplo de su genio. De la misma manera que los *Pensamientos* de Pascal, permanece el incompleto monumento en majestuosas ruinas, sin que se atreva mano sacríflega alguna a tocarlo.

La larga residencia de CUERVO en París no enfrió un solo momento su amor por la patria; los libros que se iban imprimiendo en Bogotá, pasaban a ocupar puesto preferente en la biblioteca del sabio. Siguió siempre con el mayor interés a su patria en las luchas políticas que la han devastado, en sus grandezas y en sus debilidades. Cada gloria de Colombia se la hizo propia, y cada dolor que sufrió su patria lo sufrió él también. Y cuando vino para ella la gran prueba, cuando el país, aún sin empezar a reponerse de una larga y tremenda guerra civil, vió su territorio desmembrado, ofrecióle su ilustre hijo toda su fortuna en la mira de coadyuvar a mantener intacta la integridad nacional. Su generoso sacrificio fue en vano: se acababa de cometer un crimen internacional.

Durante los últimos años de su vida recibió CUERVO múltiples e inequívocas pruebas de la estimación que todos le profesaban. El gobierno francés lo condecoró con la cruz de la Legión de Honor. La universidad de Berlín le confirió, al mismo tiempo que al emperador de Alemania, el título de doctor en derecho. Y cuando la infausta nueva de su muerte llegó a su muy amada patria, la Academia Colombiana, que lo contó entre sus fundadores, honró su memoria en una sesión extraordinaria.

Toda la nación lloró su muerte. Todos los colombianos, desde el escritor ilustre que sigue sus preceptos hasta el niño que aprende en la escuela a pronunciar su nombre, recuerdan su memoria con veneración y cariño y se honran en llamarse discípulos suyos.

JOSEPH LOUIS PERRIER

(Traducido por José María Restrepo Millán, de *The Catholic University Bulletin*, Vol. XIX, N.º 2, February, 1903. Washington, D. C. Published by The Catholic University of America).